

La recreación de la Amazonía brasileña a través de los viajeros

Eurípedes Antônio Funes
Adelaide Gonçalves

Universidade Federal do Ceará – Brasil

Introducción

Cubierta por la mayor selva continua que se conoce, permeada por largos y sinuosos ríos flanqueados por paredes naturales que conforman la densa y característica vegetación de la región, impresionante “muralla de árboles”, la Amazonía constituye, sin duda, el área más exótica del paraíso tropical.

Sus leyendas, mitos, misterios, y su grandiosa magnitud, formaron parte del imaginario europeo, para el que la selva era al mismo tiempo cara y cruz, paraíso e infierno verde; representación de una inmensa homogeneidad, un *mar de agua dulce*, una interminable alfombra verde. País de las amazonas y del *curupira*, *caipora*, *matintaperera* y otros guardianes de una naturaleza que, hasta hoy, deslumbra nuestros ojos, dejando extasiados a aquellos que la ven por primera vez. En palabras de Daniel Kidder (1980), todos se rendían al “encanto novelesco de su historia y su nombre”.

Son múltiples las representaciones que se producen en el proceso de expansión territorial e inserción de lo “periférico” en el contexto internacional, sobre el lugar más occidental de Brasil (la última frontera). Unas representaciones que se van modificando en el tiempo, resignificando el lugar social de los amazónicos y de la Amazonía. Una tierra donde el todo es poco. Allí la naturaleza es grande; el río, el mayor del mundo; la selva, la más extensa y exuberante; el lugar de “la gran serpiente”, territorio de los encantados que pueblan el imaginario colectivo, defensores y guardianes de una inmensa tierra ungida por la madre naturaleza.

Casi un siglo después de la conquista de Brasil, la Amazonía permaneció inmune a la cruzada evangelizadora y civilizadora, un hecho que se producirá a finales del siglo XVII, cuando la región se transforma en lugar de disputa colonial, emprendida por las metrópolis europeas.

La primera zona de Brasil tocada por los europeos –Vicente Yañez Pinzón, en febrero de 1500–, es la última en incorporarse al mundo colonial,

que abarca hasta la desembocadura del río Amazonas, se la denominó el mar dulce. En los siglos XV y XVI los viajeros, impregnados por el imaginario medieval, incluso en pleno renacimiento, se preguntaban sobre este nuevo mundo. Sus fronteras aún no estaban delineadas, había tierras y gente por ser descubiertas, explicadas y dominadas. El ansia por lo desconocido, y el espíritu de conquista y de cruzada (colonizar y catequizar) marcarán la ampliación de las fronteras de los imperios europeos y católicos. En aquel momento, la Amazonía, tierra ignota, se presentaba a los ojos de los extranjeros como el lugar donde se encontraba el Dorado, es decir, el paraíso; quizás la última frontera del nuevo mundo, en el que aún era posible confrontarse con el mito del Edén.

Mito o leyenda, el Dorado alentaba el deseo y la fantasía en el imaginario del conquistador europeo. Ávido del metal precioso, el civilizador cayó sin piedad sobre los nativos, que no conocían ni sabían el camino hacia las tierras del *príncipe dorado*. En su reino, el vil metal no satisfacía sus sueños.

De hecho, pocas personas, que no fuesen los propios indios y sus opresores, penetraron en estos parajes olvidados más allá de las márgenes de los ríos navegables. El descubrimiento de la región se revistió de circunstancias verdaderamente dramáticas. Este escenario trágico y maravilloso es revelado al mundo a partir de dos mitos entrelazados. Uno masculino, El Dorado; otro femenino, las Amazonas, que están presentes en los relatos de los europeos, que por primera vez cruzan los Andes y recorren todo el gran río, hasta el océano Atlántico. Y es que ya a mediados del siglo XVI la leyenda de el Dorado cuativaba el espíritu de todos los europeos (Kidder, 1980: 205).

Estas representaciones míticas sobre la Amazonía surgen con las narrativas de Francisco de Orellana, que vivió toda una odisea al recorrer el río Amazonas y experimentar la convivencia, no siempre pacífica, con las sociedades que poblaron sus márgenes, lagos y selvas, entonces intocados por el hombre blanco.

Los primeros viajeros europeos

En 1541, partiendo de Quito, Orellana acompañó a Gonzalo Pizarro, hermano del conquistador del Perú, Francisco Pizarro, al frente de una expedición constituida por trescientos soldados y cuatro mil indios porteadores, en busca de la tan soñada tierra del oro. Para Daniel Kidder, El Dorado era “un reino imaginario nacido de historias mal comprendidas que oían a los indios perseguidos, exageradas por las más extravagantes fantasías” (Kidder, 1980: 206).

Las descripciones de El Dorado se nutren de una fantasía un tanto delirante y desmesurada, alimentada por la ambición. Así se describe en el relato de Daniel Kidder, “reino fabuloso conocido por los apellidos de su monarca

que, según decían, (...) cubría su cuerpo todos los días con una nueva capa de oro. Para ello hacía friccionar la piel con una rarísima resina aromática, en la que el precioso polvo era adherido soplando a través de un tubo. Debido a esta indumentaria bárbara, los españoles lo apellidaron El Dorado. Suponían que residía en la gran ciudad de Manoa, donde nada menos que tres mil operarios trabajaban en la calle de los orfebres. Las columnas del palacio real eran de porfirio y alabastro, el trono de marfil y las gradas, que conducían hasta él, de oro macizo. Otros imaginaban un palacio construido de piedra blanca, ornamentado con suelos de oro y lunas de plata, con las puertas protegidas por leones vivos, amarrados con cadenas de oro” (Kidder, 1980: 206).

La búsqueda de este paraíso movilizó deseos incontenidos y grandes esperanzas. En el camino preguntaban a todos los nativos por El Dorado, y a aquellos que no les proporcionaban información satisfactoria eran sometidos a refinados sistemas de castigos y torturas; algunos eran quemados vivos y “otros desgarrados por mastines salvajes, especialmente entrenados por los españoles para comer carne humana” (Kidder, 1980: 206).

Los efectos de esas prácticas violentas alimentaron también el imaginario de los nativos. Conocedores del deseo y la violencia de los europeos, las noticias iban corriendo entre los diferentes pueblos. Pronto su ingenio y astucia diseñarán una forma inteligente de librarse rápidamente de los intrusos, indicando el camino para El Dorado pero ¿qué camino?... el más distante posible. Era necesario despacharlos rápido y lejos. Esto, por cierto, dejó desorientados a los españoles, que eran entregados a su propia desventura en una inmensa selva, donde todo lo imaginado puede hacerse realidad. Veamos brevemente la odisea de Francisco de Orellana.

“Después de cuatro meses de su partida de Quito, la selva se le fue mostrando en su implacable hostilidad. Enfrentó la humedad y las lluvias, sin comida, sin abrigo y amenazado por los constantes ataques de los indígenas. Al cansancio se le sumó el hambre, abatiendo los ánimos y debilitando voluntades. Una forma de remediarlo fue comerse a los perros que antes habían comido la carne de los indios. Después serían abatidos los caballos. Al llegar a las márgenes del río Napo, las tropas habían sufrido considerables bajas, y El Dorado aún parecía muy distante; fuera de su vista permanecía en su imaginación alimentada por la codicia”.

Conocedores de que el Napo desembocaba en un río mayor que bañaba una región fértil y rica en alimentos, Pizarro conformó un grupo, comandado por Francisco de Orellana, con el fin de salir en busca de provisiones; la corriente los llevó rápidamente río abajo y después de cuatrocientos kilómetros sin encontrar alimento alguno, les asaltó la duda sobre si deberían o no regresar, ya que no tenían fuerzas para vencer las fuertes corrientes del río. Ante la incertidumbre decidió continuar río abajo y Orellana asumió el mando a finales de 1541, partiendo a la aldea indígena de Aparais, el dos de febrero de

1542. Después de ocho días de viaje, comiendo las suelas de los zapatos y los cinturones, encontraron una población indígena que les dió alimentos, ayudándoles a construir nuevos barcos para seguir río abajo. Un trayecto en el que los nativos, en ocasiones, les recibieron con cierta cordialidad, aunque en la mayor parte de los casos, fue la hostilidad la que marcó estos encuentros.

Descendiendo por el río hasta el mar, en junio de 1542, la expedición de Orellana, en uno de los combates contra los aguerridos indígenas, se encontró con lo que sería la más fantástica y fantasiosa representación sobre la selva tropical, las Amazonas. Fray Gaspar de Carvajal, dominico que lo acompañó registra que “diez o doce guerreras combatían al frente de la tribu, que finalmente fue subyugada por sus compañeros. Las describe como muy altas, de largos miembros, tez clara y abundantes cabellos lisos sujetos en la cabeza. A guisa de vestuario traían apenas una tanga, pero estaban armadas de arco y flechas. Los hombres luchaban desesperadamente, para no ser abatidos sin piedad por las tiránicas Amazonas; sin embargo, después de que los españoles mataran a siete u ocho, las salvajes huían” (Kidder, 1980: 208).

Francisco de Orellana, ocho meses después de entrar en el gran río, alcanzó finalmente el Atlántico. Esto, después de atravesar una maraña de canales, que constituyen su desembocadura, donde incluso en la actualidad los navegantes continúan perdiéndose. El 11 de septiembre de 1542 llegó a la isla de Cubrágua (Venezuela), desde donde partió rumbo a España. El rey lo gratificaría con el derecho de posesión de las tierras. Poco tiempo después consiguió el capital necesario para organizar una nueva expedición. Orellana regresa a Brasil en 1544 “sin embargo, el laberinto de canales en el que se dispersa el delta amazónico no le permitió encontrar el paso principal. Después de uno o dos meses de investigaciones infructuosas, sin conseguir subir el río ni hacer nada que mereciese la pena, el descubridor sucumbió a la desventura, y de la misma forma que muchos de sus hombres, enfermó y murió en la isla de Margarita a finales de 1546” (Kidder, 1980: 209).

A pesar de los peligros reales e imaginarios a los que se enfrentan las expediciones, no se enfriarán los ánimos de aventureros y autoridades coloniales en busca de El Dorado. En 1560, Pedro de Úrsua, enviado por el Virrey de Perú, sale a la búsqueda del famoso lago de oro de Parima y de la ciudad de El Dorado, que creían próximos a las márgenes del río Amazonas. El fin de Úrsua fue trágico. Es asesinado en el transcurso del viaje por López Aguirre, soldado rebelde que fue proclamado rey. Este descendió el río y, después de una larga ruta, en la que sembró por todas partes la muerte y el pillaje, es descuartizado en la isla de Trinidad. Los relatos de ese viaje fueron enviados al rey de España y posteriormente serían utilizados por Humboldt. Según Aguirre “descendimos el Ucayali enfrentando grandes peligros hasta que nos hayamos en un mar de agua dulce. Proseguimos río abajo –el Marañón– viajando diez meses y medio hasta su desembocadura en el mar. El viaje duro

100 días, en un trayecto de 1500 leguas. Era una corriente turbulenta y caudalosa, con 80 leguas de ancho en su desembocadura y extensos bancos de arena; su curso tenía 800 leguas de extensión que atravesaban extensos bosques totalmente despoblados. Como vuestra majestad podrá verificar por la exactitud y correcta narrativa que hicimos del viaje, el río tiene más de 6.000 millas. Sólo Dios sabe como conseguimos salir de este mar temible” (Bates, 1979: 93).

Pasados casi cien años desde el viaje de Orellana, en 1637, una nueva expedición procedente de Quito descendió el Amazonas. Estaba compuesta por dos frailes franciscanos y seis soldados enviados en misión junto a los indios de la frontera peruana. La misión fracasó y algunos misioneros regresaron, otros fueron asesinados por los indios, y los que sobrevivieron y no tuvieron coraje de volver a Quito, siguieron viaje por el Amazonas, llegando hasta Belém “pero tan asustados que no supieron contar lo que vieron. Para ellos era suficiente haber conseguido escapar incólumes a los terribles caníbales, entre los que se vieron obligados a pasar” (Kidder, 1980: 210).

En ese mismo año de 1637 se realiza el primer gran viaje en sentido contrario. Saliendo de Belém, Pedro Teixeira dirige una expedición compuesta por aproximadamente dos mil personas, en su mayoría indios y esclavos, que llegó después de ocho meses a la frontera y de ahí siguió hasta Quito, llegando a Belém de retorno en diciembre de 1639.

Después de estos viajes parece que subir y bajar el gran río mar, o como dice el padre João Daniel (2004) el *Río Máximo*, fue frecuente. Lo interesante de aquellos viajes y de los que acontecieron en los siglos XVIII y XIX es que no se habla ni del contacto con las mujeres guerreras ni de la ciudad de Manoa en El Dorado.

Las leyendas de las Amazonas y de El Dorado se difuminaron en el tiempo, en el espacio y en un imaginario, que se mantuvo presente en las narrativas de aquellos que a través de la oralidad cuentan historias y cuentos, transmitidos por sus abuelos o por los escritos de viajeros, en particular de los del siglo XIX, que generalmente incrédulos frente a lo que creen fantasías, se limitan, cada uno a su modo, a dar explicaciones de las narrativas de Orellana. Como afirma Bates “hoy el hecho comprobado es que esa historia no pasó de ser una leyenda, originada en la predisposición a la fantasía que caracterizó a los primeros españoles, lo que perjudicó la credibilidad de sus narrativas” (Bates, 1979: 92).

Entre los pocos naturalistas que creyeron en la existencia de las Amazonas está Charles Marie de La Condamine, que con autorización del gobierno portugués, realizó entre 1743 y 1744 el descenso por el río mar, desde Jaém de Bracamoros hasta Belém do Pará. Durante ese viaje Condamine busca pruebas sobre la existencia de las “mujeres guerreras”: “indagamos por todas partes con indios de diversas naciones, y con gran cuidado lo hicimos para

saber si tenían algún conocimiento de las mujeres guerreras que Orellana suponía haber encontrado y combatido, y si era cierto que ellas se conservaban fuera del comercio de los hombres, no recibíendoles más que una vez al año. Todos nos dijeron que oyeron hablar de eso a sus padres, contando mil anécdotas demasiado extensas como para ser repetidas, y todo parece confirmar que hubo en el continente una república de mujeres solitarias que se retiraron para las áreas del norte, en el interior de las tierras por el río Negro, o por otro río que, por el mismo lado, va a desembocar al Marañón” (La Condamine, 1944:77).

En las narrativas de estos viajeros se percibe ya la constante transformación de esta leyenda. Las Amazonas eran conocidas, incluso algunos nativos afirman que tuvieron contacto con ellas; nombran a algunas de estas mujeres guerreras, encontradas en la desembocadura del río Cuchivara, entre Tefé y Coari. Orellana las habría encontrado entre el río Negro y el Trombetas, probablemente en la región de Nhamundá. Fueron vistas y conocidas en el río Tapajós como las *cunhantaunsecurima*, “mujeres sin marido”, asociadas con una figura de piedra verde en forma de sapo, el *muiraquitã*. Aparecen también en la cabecera del río Oiapoque, en las montañas de Guiana.

Para La Condamine, “incluso aunque hoy no encontrásemos más vestigios de esta república de mujeres, no se puede decir que no hayan existido. Pero voy a lo principal. Si para negar la leyenda alguien alega la falta de verosimilitud y la casi imposibilidad moral de poder establecer y subsistir en una república semejante, yo no insistiré, por ejemplo, en las antiguas amazónicas asiáticas, ni en las Amazonas africanas modernas, pues aquello que leemos en las historias antiguas y modernas está, por lo menos, mezclado con muchas fábulas y sujeto a discusiones” (La Condamine, 1944: 81/82).

Y continúa, “si bien aunque todos o casi todos los indios de América meridional son mentirosos, crédulos, enajenados con lo maravilloso, ninguno de estos pueblos escuchó hablar de las Amazonas de Diodoro de Sicilia y de Justino. Sin embargo, ya estaban las Amazonas entre los indios del interior, antes de que los españoles hubiesen llegado, y se hacía mención a ellas entre pueblos que jamás habían visto a un europeo” (La Condamine, 1944: 82/83).

O sea, ante la duda, cómo negar la existencia de estas mujeres guerreras, semejantes a las descritas por Ovidio y Plinio, antes de la llegada de los españoles, mejor creer que han existido a pesar de que los nativos estuviesen “enajenados” con lo maravilloso. ¿Los europeos del siglo XVI, no?

En el folclore brasileño estas mujeres guerreras formaban parte de una sociedad matriarcal, no aceptaban la presencia de hombres a no ser en ocasiones especiales. Fueron llamadas *icamiabas* o *iacamiabas*; el término designa también un monte en las cercanías del río Conuris (actualmente en Ecuador). En *A Amazônia Misteriosa*, de Gastão Cruls, podemos leer: “Allí existe en las cabeceras del río, la sierra Itacamiaba, que durante mucho tiempo se

consideró el *habitat* de la famosa tribu, cuyo nombre derivó en *icamiaba*, y fué también empleado como sinónimo de amazonas. En sus proximidades estaba el lago Iaciuaruá o *Espejo de La Luna*, que tenía una leyenda íntimamente relacionada con la historia de las mujeres guerreras, las Amazonas, y los *muiraquitãs*” (Cruls, 1957:82).

João Maximiano de Souza, que en 1855 encabezó una expedición de castigo al quilombo Maravilla (en la parte alta del río Trombetas), señala que desde aquel lugar, “se ve la sierra *Icamiaba* cubierta de hierba, que para el negro Benedito [quilombola que servía de guía] era batata dulce, que allí crece espontáneamente y de ella se alimentan los *mocambeiros* y los indígenas; dice además que en esa sierra, en ciertas épocas del año, se hace una gran cacería de cerdos salvajes, que secan para el abastacimiento del *mocambo*”¹ (Funes, 1995: 75).

Vicente Salles, estudiando las memorias del padre João Daniel, afirma que “el propio Amazonas es fruto de la leyenda de la dura conquista de un territorio en el que se impone un modelo europeo de cultura. El Máximo Río tiene que defenderse con un “ejército de mujeres en todo semejantes a las antiguas amazonas de las que habla Virgilio, que también habitaban las márgenes de otro río, el Tremodonte, en la Capadocia” (Salles. Introducción, In Daniel, 2004: 35).

La literatura de los conquistadores en el siglo XVI y XVII buscaba dar cuenta de los contornos y límites de las tierras del nuevo mundo, a la búsqueda el bien más precioso, el oro, deshaciendo los secretos que envolvían estos lugares distantes y desencandendo un genocidio y etnocidio, que marcará profundamente a las sociedades amazónicas hasta la actualidad, ¿será que las Amazonas desaparecieron para los pueblos de la selva como recurso imaginativo y resistente? ¿Dónde está localizado hoy El Dorado? O mejor, ¿Cuál es hoy El Dorado para los nuevos viajeros de la codicia?

Los naturalistas

La naturaleza amazónica despertó poco interés entre los primeros viajeros que la veían como un lugar peligroso habitado por “salvajes”. Muchas veces las miradas no iban más allá de las murallas naturales, constituidas por la vegetación que protegía los márgenes de los ríos y a los que estaban más allá de ellos; pocos se aventuraban a ir más adentro hasta el corazón de la selva. El silencio perturbador y los sonidos desconocidos los intimidaban, haciendo que a partir de una visión limitada se llegase a percepciones generalizadoras.

Con propósitos y métodos distintos a los de los viajeros del siglo XVI y XVII, los naturalistas, en el siglo XVIII y XIX se adentran en la gran selva tropical, utilizando como caminos y carreteras los lechos de los ríos, a la búsqueda de la naturaleza y de sus potencialidades. Una búsqueda impregnada

de cientificismo, marcada por una actitud clasificatoria y taxonómica de los seres vivos, ya sean plantas, animales o humanos. La mirada de estos viajeros estuvo mediada por una lente forjada en los gabinetes y academias, donde se declinaba el nuevo verbo del saber, a partir del conocimiento sistemático y de la historia natural.

El método clasificatorio, las reglas de observación basadas en la ampliación del ver y el oír, son contemporáneas de las nuevas teorías racistas, y de las nociones de trabajo y progreso, fundadas en el liberalismo, que sería la matriz ideológica de la sociedad burguesa y capitalista, en su amanecer triunfante.

Estas nuevas miradas se verán notablemente influenciadas por la nueva concepción científica del medio natural de Alexander Von Humboldt (al que, por cierto, se le prohibió su entrada en Brasil ya que el gobierno portugués consideraba que podría ser un espía alemán). La visión contemplativa sobre la naturaleza marcará de una forma decisiva este tiempo. La actitud de Humboldt y las ideas difundidas en su círculo incentivaron a unos viajeros, para los que lo fundamental será experimentar los principios de identificación del conjunto de las especies vegetales y animales, con el fin de explicar los efectos del ambiente geográfico.

Entre los naturalistas que recorren la Amazonía se encuentra La Condamine, que formaba parte de la Academia de Ciencias de París, y que participó en una expedición a Perú, junto al cartógrafo ecuatoriano Pedro Vicente Maldonado, con el fin de medir en la línea equinocial la longitud del arco meridional. Llegó a Perú el 9 de mayo de 1736. Realizados los trabajos que le fueron encomendados, en 1743 decide regresar por caminos diferentes, optando por “escoger uno casi ignorado (...), era el del río Amazonas, que atravesaba todo el continente de América Meridional, desde el occidente al levante y que es considerado, con razón, el mayor curso del mundo” (La Condamine, 1944: 13). Lo que le permitió levantar el mapa del curso del Amazonas, desde su nacimiento hasta la desembocadura.

En su relato de viajes, a pesar de que La Condamine escribe en el lenguaje científico de su tiempo, advirtiendo claramente sobre sus objetivos al lector, no escapa, como veremos posteriormente, a las disgresiones o incluso al relato fabuloso procedente de la memoria oral “para no eludir a aquellos que en un relato sólo procuran acontecimientos extraordinarios y pinturas agradables de las costumbres extranjeras y hábitos desconocidos, debo advertir que aquí encontrarán pocos motivos de satisfacción. No tuve la libertad para hacer pasear al lector por todo aquello que podría adular su curiosidad. Un diario histórico que escribí asiduamente durante diez años tal vez me proporcionaría los materiales necesarios para esta empresa, pero no tuve ocasión de hacer esto. Aquí lo que interesa es el levantamiento del mapa del curso de un río que atraviesa vastas regiones, casi desconocidas por nuestros geógrafos.

Se trata de dar idea de eso en una memoria destinada a leerse en la Academia de las Ciencias. En semejante exposición, se procura más instruir que divertir, aquello que no corresponde a la Geografía, la Astronomía o la Física es una disgresión que me separa de mis objetivos” (La Condamine, 1944: 5).

En este tono de advertencia continúa explicando el género de su relato, que escapa, por un lado, de la descripción farragosa del conjunto “de nombres bárbaros de naciones y ríos” y, por otro, de la mera exposición de “medidas, variaciones, rutas, distancias, latitudes y longitudes”; procurando encontrar un equilibrio entre esos “dos extremos”. Sin embargo, este tono circunspecto se rinde ante el mito de las mujeres guerreras “traté con algún desarrollo la cuestión de las Amazonas americanas, porque me pareció que eso se esperaba de mí” (La Condamine, 1944: 5/6).

Entre los viajeros del siglo XVIII destaca también Alexandre Rodrigues Ferreira. Brasileño, trabajaba en Portugal en el Real Museo de Ajuda y posteriormente es admitido, en 1780, como miembro de la Real Academia de las Ciencias de Lisboa.² En septiembre de 1783 parte de Lisboa rumbo a Brasil, con el propósito de describir, recojer y recopilar para el Real Museo de Lisboa, tanto muestras de utensilios empleados por la población local, como especies minerales, plantas y animales. Aunque también tiene como misión realizar comentarios filosóficos y políticos sobre lo visto y oído, en los lugares por donde pasó. El pragmatismo de su expedición la diferencia de otras supuestamente más científicas, emprendidas por otros naturalistas en América. El viaje de Alexandre Rodrigues Ferreira se realiza bajo los auspicios de la Academia de las Ciencias de Lisboa, el Ministerio de los Negocios y Dominios Ultramarinos y recibe asesoramiento del naturalista italiano Domenico Vandelli. Llega a Belém en octubre de 1783. Los nueve años siguientes los dedicó a recorrer el centro-norte de Brasil.

Los viajeros del siglo XIX

Si los viajeros del siglo XVIII se abstienen de proporcionar información de cuño etnográfico, adoptando un relato en consonancia con la Geografía física, la Historia natural y la Física; en la literatura de los viajeros del siglo XIX es común el registro de las costumbres, prácticas culturales y de la vida cotidiana. Sin embargo, basta con hacer una lectura rápida de estos textos para darnos cuentas de la visión estigmatizadora, marcada por el cientifismo y moldeada por el discurso civilizatorio. Más que dar a conocer al otro, lo que se produce es una reafirmación de la identidad europea frente al “colonizado”.

El viajero de ese tiempo está marcado por una mirada etnocéntrica a partir de la que reafirma su identidad como europeo y su papel como guía civilizador. Una mirada cargada de prejuicios que al mismo tiempo que muestra al nativo lo invisibiliza. En este contexto se consolida una forma de escri-

bir sistemática a través del diario de campo, en el que se registran de forma minuciosa los aspectos sociales y ambientales. Se incide en las diferencias y casi nada se dice de las similitudes. Las comparaciones, cuando se producen, sirven para reforzar las asimetrías, desde una visión jerárquica, sustentada en la descalificación del otro. En las hojas numeradas y fechadas con minuciosas anotaciones aparece un nuevo registro, una mirada que diseña lo que ve. De este modo gana fuerza la iconografía, la imagen. Es imperativo mostrar lo que es nuevo, dar a conocer el descubrimiento, lo pintoresco, lo exótico, lo extravagante y los comportamientos poco adecuados a los modos considerados civilizados. Se pretende ilustrar para proporcionar conocimiento a través de unas imágenes que dan cuenta de lo visto, lo oído, lo observado, dando veracidad a lo narrado.

Varios de estos viajeros ochocentistas estaban al servicio de los reales gabinetes, asociaciones científicas, coleccionistas y gobiernos. Otros pocos viajan por cuenta propia, como así sucede con los turistas del siglo XIX. Entre los que recorren el Río Máximo, comprometidos con alguna institución o coleccionista, están Spix y Martius, financiados por el imperio austríaco; Langsdorff, por el imperio ruso; Kidder, por la American Bible Society; Wallace es financiado por el coleccionista Samuel Stevens, al igual que su compañero de viaje H. Bates. En el segundo grupo se encuentra el alemán Avé-Lallemant y el francés Paul Marcoy.

Como resultado de estos viajes nos encontramos con informes científicos dirigidos a los patrocinadores o a la solemne lectura entre pares, en las academias científicas. Otros hacen entregas de colecciones de insectos, huesos, animales vivos y plantas, y algunos obtienen sustanciosos beneficios con la venta de sus colecciones. Parece que ahí comienza el largo y sinuoso camino, de lo que hoy conocemos como biopiratería. También nos encontramos con viajeros que legarán en su narrativa pasajes de deliciosa literatura. Vistas las diferencias en función de los fines y del estilo, en una buena parte de la producción de estos viajeros encontramos un sentimiento común: el deseo incontenido por la fantástica Amazonía.

En la segunda mitad del siglo XIX las perspectivas de la mirada se fijan en la reconstrucción de la historia de los seres vivos y gana un decidido impulso la tesis de Charles Darwin. El debate de este período incorporará los registros de las observaciones de los viajeros naturalistas ingleses, que recorrieron la Amazonía en la primera mitad del siglo XIX. Este es el caso de los estudios de Henri Walter Bates sobre la transformación de las mariposas, y de los de Alfred Wallace sobre la variedad de peces del río Negro. Se trataba de demostrar, en el plano especulativo, la validez y posibilidad de *lo visible*, como esfera del saber, con el fin de desarrollar la Ciencia.

En los relatos de los viajeros naturalistas hay otras ideas-fuerza que serán comunes. Entre ellas la correlación burguesa entre honra y trabajo. En este

sentido, es interesante centrarnos en sus intentos por establecer nexos entre las nociones de ocio, trabajo y pobreza. Una visión ideológica que no solo justifica los orígenes sociohistóricos del fenómeno de la pobreza, también descontextualiza el sentido específico de la relación tiempo-trabajo-cotidianidad, resultado de lo vivido y de la experiencia de los pobres en la sociedad brasileña de su tiempo. Las descripciones y relatos de los viajeros comienzan, de forma general, con el registro de los modos de vida, las viviendas y costumbres de la gente del lugar. Su mirada, casi siempre, evidencia e incide en la pobreza y en las carencias de la vida cotidiana, conformando una gran escena de la indolencia, la apatía y otros adjetivos de cuño despreciativo. Cuando se centran en los espacios callejeros, ya sean pequeños poblados o ciudades, su observación registra, en primer lugar, el clima opresivo del lugar. La descripción de la calle es casi siempre la percepción de los olores, de los pregones de los vendedores ambulantes, del descuido de las casas. Casi todo descrito como un conjunto de imágenes desordenadas (Barreiro, 2002: 43). Un ejemplo de esta visión la encontramos en *Avé-Lallemant*. “Por muy quietas que estén las calles de Pará (Belém), a pesar de que muchas veces parece reinar el silencio de la muerte durante el calor sofocante del mediodía, se oye siempre, a cada momento, el pregón penetrante, que recorre todas las modulaciones de la escala: *Açaí-i, açai-i-si*” (*Avé-lallemant*, 1980: 34/35).

El mundo del trabajo que no depende de patrones (como así sucede con los canoeros, que al tener sus barcos se tornan dueños de su tiempo y su trabajo) y de carácter artesanal, se reviste de significados que contienen los registros de su propia experiencia en cada objeto producido. La fabricación de sus casas y muebles, simples *potes*³ y cazuelas de barro, utensilios hechos de *cuias*⁴ pintadas y de cascos de tortuga, hamacas (tejidas de algodón o de fibras vegetales) consustancia, además de la finalidad de su propio uso, la expresión de una memoria cultural (Barreiro, 2002:49).

Según la mirada del viajero alemán: “La gente de aquella región no parecía dispuesta a realizar trabajo asalariado. Ellos son por naturaleza indolentes y además todos tienen un negocio o plantación, que les permite vivir con independencia. Es difícil conseguir ayudantes en cualquier circunstancia, y especialmente en nuestro caso, por ser extranjeros y temer –como es natural entre gente ignorante– que tuviésemos hábitos extraños”. Y continúa “la gente del lugar me pareció alegre y feliz, pero la ociosidad y la miseria se hacían notar a través de algunas señales indudables. En lo que respecta a la invasión de sus casas por el agua, ellos no parecen darle mucha importancia a este hecho. Se tiene la impresión de que son anfibios, o por lo menos están tan a gusto en el agua como en la tierra. Asusta a cualquiera ver minúsculas canoas, que hacen agua por todos lados, atravesando la parte más ancha del río, cargadas de hombres, mujeres y niños, además de maletas y equipajes (*Avé-Lallemant*, 1980: 57).

Debatiéndose entre los conceptos y la realidad, el viajero no tarda en darse cuenta de que es necesario acostumbrarse a la forma de vida de la gente del lugar si se quieren alcanzar los objetivos del viaje. “A esa altura (viaje por Cameté en el río Tocantins) ya había aprendido que la única forma de alcanzar los objetivos que me habían traído al país era acostumbrarme al modo de vida de las clases más humildes del lugar. En el Amazonas de poco sirven las cartas de recomendación dirigidas a personas con cierta posición, pues en aquellas selvas en los ríos los barqueros son dueños de su propia nariz; las autoridades no pueden obligarlos a transportar viajeros o a trabajar para ellos, y por consiguiente, el forastero debe ganarse su amistad si quiere ser llevado de un lugar a otro” (Avé-Lallemant, 1980: 67).

La idea del no trabajo, hijo del ocio, es una cualidad atribuida por viajeros del siglo XVIII y XIX a los *tapuias*,⁵ mestizos e indígenas: “La insensibilidad es lo fundamental. Nos queda por decidir si debemos honrarla con el nombre de apatía o debemos calificarla como estupidez. Ella nace indudablemente del número limitado de ideas, que no van más allá de sus necesidades. Glotones hasta la voracidad cuando tienen que saciarse, sobrios cuando la necesidad les obliga a privarse de todo, sin que parezca que deseen nada; pusilánimes a los excesos si la embriaguez no lo impide; enemigos del trabajo, indiferentes a toda ambición de gloria, honra o reconocimiento; únicamente ocupados por las cosas presentes y por ellas siempre determinados; sin preocupación por el futuro; incapaces de previsión y reflexión; entregados, cuando nada los molesta, a juegos pueriles, que manifiestan en saltos y carcajadas sin objeto ni sentido; pasan la vida sin pensar, y envejecen sin salir de la infancia, de la que conservan todos sus defectos” (La Condamine, 1944: 45).

Sobre los baños en el río y las hamacas: vicios y pereza

Henry Walter Bates, viajero naturalista inglés, llegó al Pará a finales de mayo de 1848, permaneciendo en la Amazonía hasta 1859. Junto a él viajó Alfred Russel Wallace que permaneció tres años. De su atenta descripción, que sale a la luz en 1863, recogemos aquí una breve y significativa muestra.

Bates es incansable y está atento a todo, a veces parece querer ver lo que no encuentra. Y esto le lleva a desconsoladas observaciones, en las que en ocasiones se expresan sus expectativas y en otras su decepción. En sus caminatas por las selvas, en las proximidades de Belém, ve muchos helechos y otras plantas típicas de la selva tropical, y se pregunta: Pero ¿dónde están las flores? “Para gran decepción nuestra no vimos ninguna, o apenas algunos ejemplares insignificantes. Las orquídeas son raras en la vegetación cerrada de las regiones bajas. Creo poder afirmar ahora con bastante seguridad, que la mayoría de los árboles de la selva, en el Brasil ecuatorial, tienen flores pequeñas y poco significativas” (Bates, 1979: 36).

Tal vez su mayor decepción fue no haber visto ningún animal de gran porte, ni solos ni en manada, llegando a una conclusión obvia: “En efecto, en la selva hay una variedad enorme de pájaros y reptiles, pero ellos están muy dispersos y se muestran muy recelosos ante el hombre”. Los animales que deseaba ver no estaban allí, “los cazadores quedarían decepcionados si esperasen encontrar allí bandos de animales como las manadas de búfalos de América del Norte, o de antílopes y paquidermos de África del Sur” (Bates, 1979: 37).

El viajero-naturalista habla de bichos, flores, plantas, animales, gentes, de acuerdo al espíritu de catalogación de la época, aunque hay algo que escapa a su entendimiento. Nos referimos al “opresivo silencio reinante en las selvas brasileñas. De hecho se trata de una cosa real, de una sensación que va calando a medida que aumenta nuestro conocimiento de la selva. Los pocos cantos de pájaros que la gente oye tienen un tono melancólico y misterioso, que intensifica la sensación de soledad en lugar de dar una idea de animación y vida. En ocasiones, en el medio de una quietud general, un ruido súbito nos sobrecoje; el grito de algún animal frugívoro e indefenso, que acaba de ser atacado por un jaguar o una reptante boa constrictor” (Bates, 1979:37).

La selva, con sus sonidos y misterios encantados, se torna impenetrable al imaginario de W. Bates y de otros viajeros, que nunca se habían aventurado en una selva tropical, en este caso, inmensa e inexplorada. El mayor río que seguramente navegó fue el Danubio, menor que cualquiera de los afluentes del río Amazonas. “La sensación de inhóspita soledad que la selva genera se ve duplicada por ese horrendo griterío de macacos”(Bates 1979:37). Para ellos los ruidos son irritantes, difíciles de identificar y temibles, también para aquellos que conocen y viven en la selva, aunque por razones diferentes.

Pero si los sonidos generan una cierta aflicción, no son más tranquilizantes las “teorías primitivas” de las gentes del lugar, para los que el *Curupira* es el causante de los ruidos y estruendos en la selva. “Se escucha, a veces, un ruido semejante al impacto de una barra de hierro que golpea el tronco de un árbol, o también un grito estridente que corta el aire; esos ruidos no se repiten, y el silencio que sigue aumenta la aflictiva impresión que causan en nuestro espíritu. Para los nativos es siempre el *Curupira*, el hombre salvaje o espíritu de la selva, el responsable de todos los ruidos que no pueden explicar. Pues los mitos son teorías primitivas de la humanidad que inventa en la niñez del conocimiento, para explicar los fenómenos naturales. El *Curupira* es un ser misterioso, cuyos atributos son variables, dependiendo de la región. A veces es descrito como una especie de orangután, que vive en los árboles y tiene el cuerpo cubierto de pelos largos y ásperos. En otras ocasiones dicen que tiene los pies hendidos y una cara muy roja; que tiene mujer e hijos y acostumbra a invadir las huertas para robar mandioca. En determinada ocasión tuve un criado –un joven mameluco– cuya cabeza era un hervidero de leyendas y

supersticiones. Él únicamente se adentraba en la selva en mi compañía; de hecho no conseguí convencerlo para que se adentrara solo, y siempre que oíamos algún ruido extraño, como los que ya mencioné, se ponía a temblar de miedo. Se agachaba detrás de mi y me suplicaba que regresásemos. Su pavor sólo desaparecía después de hacer un “hechizo”, para librarnos del *Curupira*. Para eso cogía una hoja nueva de palmera y le daba forma de arco, colgándole en una rama en el medio del camino” (Bates, 1979: 37).

Si el espíritu sucumbe a la decepción ante la ausencia de “flores notables”, de grandes paquidermos o de veloces manadas de antílopes, es significativamente ante las gentes –en femenino– cuando el alma del viajero se anima. La confusa “mezcla de las tres razas” permite ver “bellas mujeres, descuidadamente vestidas, descalzas o en sandalias, pero usando pendientes caprichosamente trabajados y collares enormes de cuentas de oro. Sus ojos eran negros y expresivos y exhibían una melena espesa y negra que llamaba la atención”. En este punto la ciencia cede paso a la fantasía, proporcionando más opiniones que conclusiones: “Tal vez fuese parte de mi fantasía, pero pienso que la mezcla de cualidades, lujo y belleza de aquellas mujeres se armoniza perfectamente con el resto del escenario, de tal forma que era sorprendente esta asociación entre riquezas naturales y miseria humana” (Bates, 1979:12).

Robert Avé-Lallemant, el naturalista alemán, puede ser considerado también como un viajero turista. “Viajero y narrador de mi viaje, sólo puedo decir lo que yo mismo vi”, ese es su autorretrato. Sin las obligaciones que implica la presentación de detallados informes para academias o coleccionistas, ya que se autofinanciaba, este alemán que tenía conocimientos médicos, recorre el gran río desde Belém hasta Loreto en el Perú, durante el período de julio a agosto de 1859. Viaja solo, aunque siempre buscando el mayor confort posible. Para ello lleva cartas de presentación para las autoridades y notables, que puedan facilitarle la vida en cuanto a los hospedajes y a la realización de viajes menores, como el que hizo a Cametá, en el río Tocantins. Procura no quedar al albur de su propia suerte o de las voluntades de los dioses y de los nativos, y mucho menos de los dioses de los nativos.

De su fuerte impresión al ver por primera vez el gran río resulta una descripción épica. Tal es el impacto ante la fuerza de la naturaleza que la razón y la ciencia ceden el lugar a la exaltación del río mar, afirmando: “En verdad, cuando se ve ese formidable e impetuoso caudal, uno queda convencido de que allí está la madre del mar, en un continuo procrear, y de que el continente no salió del océano, sino que este nació de él” (Avé-Lallemant, 1980: 28). Y continúa, “El río de las mil islas. Esa expresión se impone realmente cada vez más a los viajeros que van Amazonas abajo. Los brazos del río se entrecruzan, separan o rodean un grupo de islas y descubren un horizonte de agua dulce, después del otro, en los que los barqueros, viniendo del Perú, creen siempre ver el mar, sin encontrar agua salada, pensando en la vieja interrogación: ¿mar o no? ¿No es entonces el ancho mar?” (Avé-Lallemant, 1980: 222).

Si en su primera impresión la naturaleza se traduce en una sensación de arrebato, no sucede lo mismo con los modos de vida de la ciudad. Los hábitos urbanos le causan horror en relación a la falta de higiene y aseo. “Una cosa, sin embargo, ¡me horrorizó! Me habían recomendado en Pernambuco un hotel de Pará, considerado el mejor. Cuando traspasé la puerta, reculé espantado; parecía exactamente uno de esos albergues portugueses, los hospedajes de Río de Janeiro. Suciedad y un olor repelente me produjeron náuseas. Además de éste no había otro hotel en la ciudad, o por lo menos ninguno mejor”. Huyendo de un olor que para Avé-Lallemant era insoportable, se dirige al único establecimiento comercial alemán existente en Belém, el de los señores Tappenbeck y su socio Sr. Brambeer, para sentirse como en su casa, con aquellos con los que comparte lengua y hábitos de urbanidad: “fui tan amablemente e insistentemente convidado para hospedarme en su casa que, por mucho que quise, tuve que aceptar tanta bondad y cariño, y quedarme” (Avé-Lallemant, 1980: 29).

La narrativa de Avé-Lallemant tiene las características de una crónica. Su estilo está contaminado por aquellas cosas “raras” que le impresionaron, así como por la separación, fascinación, repulsa, éxtasis, desencanto y deslumbramiento. Elementos que se ponen de manifiesto en sus descripciones sobre las mujeres “fuscas”⁶, el baño y las hamacas. Aunque en ningún párrafo se da a entender ningún tipo de relación con las “fuscas”, participa de sus baños y comparte sus sueños en la hamaca:

“Mocitas, incluso de 12 a 14 años, en cuyos cuerpos los botones florecientes se entumescen hasta alcanzar el desarrollo completo –participan sin ningún pudor de los baños en común– mientras las muchachitas adultas se bañan en pequeños grupos, próximos a la selva, un poco más adelante. Paseando una vez por una vereda solitaria, casi intransitable, encontré a cuatro de esas jóvenes esbeltas como Euterpes⁷, bañándose en un tranquilo riachuelo de la selva”. Después describe las escenas vistas y concluye: “Un grupo como ese en las aguas de Tocantins, bajo las palmeras y sombríos macizos de los cacaos⁸, es un marco adorable, un plácido y fiel retrato de la selva (Avé-Lallemant, 1980: 46).

Este constante bañarse, nadar y sumergirse tiene un efecto doble: “El Pueblo de Cameté, sobre todo el femenino, es el más aseado que jamás encontré en toda mi vida y puede servir de modelo y ejemplo para las demás razas claras y oscuras, a la que les gusta menos bañarse. Su cutis exhala exactamente el mismo perfume que las emanaciones del río, sin tener como es, por otro lado, muy común en el ecuador entre mestizos, el menor olor de transpiración” (Avé-Lallemant, 1980: 47).

Constantes comentarios y juicios de valor transforman a los *tapuais* bien en bichos o bien en filósofos: “Los *tapuais* son los mejores filósofos que nunca vi. Los más fieles discípulos de Diógenes, se satisfacen perfectamente con la

caza, los frutos silvestres, los cocos de las palmeras, la castaña de *la bertolécia*⁹ que la naturaleza les tira a los pies” (Avé-Lallemant, 1980: 105).

Con el adiestramiento propio del naturalista, Avé-Lallemant se queda embelesado ante la naturaleza y su potencia, y se indigna ante el atraso de la sociedad local, poco o nada trabajadora, privada de una vida digna y sin “el placer de poseer”. Para él, el ocio es madre del infortunio. “Pero a pesar de esa belleza natural, el habitante de la selva no realiza ninguna actividad de mayor elevación espiritual; con toda la riqueza a su alrededor es y permanece pobre; no encuentra placer en poseer. El hombre se abandona descansando y balanceándose en la hamaca, a menos que esté ocupado en la breña, en la ciudad o en el río” (Avé-Lallemant, 1980: 24).

En el mestizaje está el origen del pecado mayor y la marca de la degeneración humana, principalmente de las mujeres de vida ligera. “En la mayoría de los países, sobre todo en las grandes ciudades comerciales, se reserva para las mujeres y muchachas de raza mixta la triste y desairada suerte de formar, junto a las puras descendientes europeas, una clase menos respetada, menospreciada, especialmente en lo que concierne a la moral. En casi todas partes quieren hacer de ellas “bailarinas”¹⁰, o muchachas de vida alegre, considerando que esa clase de criaturas no pueden desarrollar buenos sentimientos ni moral. No quiero contestar que, por cientos de veces, en esas razas mestizas las pasiones llevan, en muchos sentidos, lo mejor de los principios. Se nota en ellas cierto epicureísmo” (Avé-Lallemant, 1980: 43). Lector atento de las teorías racistas en boga en los círculos europeos, Avé-Lallemant afirma: “Cuanto más lejos está el mestizaje de las rígidas normas europeas, tanto más natural les parece ceder a la llamada de la naturaleza y de las pasiones” (Avé-Lallemant, 1980: 44).

La hamaca y el baño además de fascinar al viajero motivan severas críticas. Al final, tomar un baño o balancearse en la hamaca se complementan como los contextos del “vicio ladrón del tiempo”. En la hamaca se descansa, pero no del trabajo. En el baño, a excepción del aseo, lo demás es vicio, como el juego sensual en el agua. “Ningún ruido de trabajo perturba el sosiego público en Cametá. Donde quiera que se vaya, para donde quiera que se mire, se ve una hamaca balanceándose y a alguien descansando, sin nada que hacer, dando un ligero impulso. Esta costumbre de la hamaca es común y general. La hamaca es la cama, silla, sofá y en muchos cuartos, en caso de que se pueda hablar así, el único mueble, siempre usada y en movimiento. En ella no se descansa del trabajo y sí del baño. Allí todos se bañan; y cuando miramos el baño, parece que la gente del Tocantins es acuática y sólo por poco tiempo sale para lo seco” (Avé-Lallemant, 1980: 45).

Avé-Lallemant observa las prácticas de la gente del lugar, el baño y la hamaca, como un vicio que va parejo a la pereza, la apatía, y a una forma indolente de mirar la vida y el tiempo: “dos factores proporcionan a esta gente un matiz especial: la pereza y el baño, ambos tan inherentes a Cametá como

la doble cara de una medalla conmemorativa. ¡La pereza y el baño! Si no fuera la pereza el primero de todos los vicios, afirmarí, sin pudor, que es una graciosa virtud en Cametá. Y si el baño no fuese gran virtud, como padre del aseo, creería que él en Cametá se vuelve vicio; un vicio que roba el tiempo” (Avé-Lallemant, 1980: 45).

Sin embargo, si la mirada de la razón y la ciencia del civilizador, se obstina en prescribir conductas, corregir hábitos y proporcionar nuevas actitudes, hay otra forma de consideración positiva sobre el mismo escenario objeto de crítica, y esto se produce a medida que el adiestramiento del naturalista se subordina a una actitud contemplativa ante lo bello del río, la selva y sus gentes. Es en este punto cuando el viajero naturalista confiesa que vió y aprendió con el otro. “Obtuve así muchas enseñanzas de la contemplación del río, de la selva y de la gente de Cametá” (Avé-Lallemant, 1980: 52).

El río Tocantins, lugar de vicio y pereza que roba tiempo al trabajo, pasa a ser visto también como el lugar de la convivencia. Incluso el Tocantins ¡es capaz de oír los secretos del corazón! Ante la falta de teatro, bailes, tertulias y fiestas de los salones de la corte “El Tocantins substituye al paseo público y nadar en él es exáctamente el ejercicio más agradable en un clima caliente. El baño tiene además su significado para las jóvenes. En Cametá no hay vida social, bailes, teatros u ópera. Y para compensar esas carencias se van a bañar juntas. Permanecen dentro del agua sombreada por la vegetación que la rodea o nadan alrededor unas de otras, ríen o se quejan entre sí de los males, y hablan de los secretos del corazón, que sólo el Tocantins escucha (Avé-Lallemant, 1980: 52).

Aquí se evidencia, con admiración, el efecto de la contemplación en el espíritu del naturalista. Razón y sensibilidad son convocados para pensar sobre lo que se ve y registra. Tal es el efecto que Avé-Lallemant se cuestiona incluso algunas de sus certezas, en torno de las nociones del trabajo que regenera y del progreso que salva. Véase la fuerza de su argumentación. “¡Se debe admirar menos que no trabajen! Y planteo aquí con toda seriedad la siguiente pregunta: ¿Y para qué van a trabajar? ¿Roturar y cultivar los tramos de la selva que les dan *açaí*, palmito, cocos, cacao, látex, además de caza sabrosa? ¿Pertubar el sosiego, la paz y la tranquilidad armónica de la naturaleza con los golpes del machete y el crepitar del fuego para obtener alimentos inferiores y además extraños? ¿Deberían, cortar la vegetación, su primer elemento de vida, y abandonar la pereza de la selva, desistir incluso del segundo elemento de la vida, el río y el baño? ¿Deberían por el mero entusiasmo por el trabajo volverse sujetos sucios y repelentes? Además, ¡qué profunda significación no tiene el baño para ellos!” (Avé-Lallemant, 1980: 52).

En las narrativas de Avé-Lallemant se mezclan los referidos sentimientos de repulsa y fascinación, como puede observarse en la recreación de la escena donde el elogio al color y la belleza de lo natural, no esconden el gusto por

las mujeres, componiendo una narrativa con efectos pictóricos: un cuadro encantador en la pared del viajero europeo. Podríamos afirmar que “el europeo combatió la exhuberancia cuando pasó a admirarla, haciendo pausable mirarse en ella, cuando la colgó en la pared” (Theodoro, 1989: 83)

Su encantamiento por las “fuscas”, y sus vestimentas, marca siempre su mirar observador y deseoso. “En Manaus obtuve bellas cintas adornadas de plumas mezcladas, que las mujeres en el río Negro enrollan alrededor de su frente, en los brazos y en las rodillas. Las muchachas indias, que vi saliendo de la iglesia de Nuestra Señora de los Remedios, el tres de julio, usaban verdaderas peinetas. Sus primas, allá en el monte, aun se sirven de peinetas de palmeras, muy bien hechas. Los espinos córneos y duros de las *astrocárias*¹¹ son cortados, achatados, a ambos lados, y también agudizados en las puntas más gruesas, delicadamente tejidas de fibras de tucum, adornada con bellos arabescos trazados, que embelesan como un bálsamo que exhalan durante toda la vida. Cuando están adornadas con plumas colgantes, ni la más vanidosa Berenice no podría dejar de desear peineta más bella. Una peineta con plumas perfumadas, con una cinta de plumas variadas en la frente, brazaletes y ligas suaves de plumas para los brazos y las rodillas y un bonito taparrabos de mostacilla de ocho pulgadas por tres de altura, provista de corchetes y botoncitos –y todo eso encima de una fresca joven fusca de la selva, en cuyos cabellos negros bellas *cinchonas*¹², gardenias y flores de *jenipapeiro*¹³ exhalan caprichosos perfumes– es ciertamente un raro cuadro y, a su modo, encantador” (Avé-Lallemant, 1980: 121).

Junto a las descripciones de encantamientos y sugerencias contemplativas, en el viajero parece permanecer la fe ciega en la virtud del Progreso, en el Orden y en el Trabajo redentor. Como podemos observar en el siguiente texto, en un tono casi profético se anuncia como promesa de futuro el triunfo de la civilización.

“Aquí dominará también un día, aquí, en el ancho e indómito Tocantins llegará también un tiempo en el que los rostros pálidos, que en el clima tropical parecen más pálidos y macilentos, dominarán también por número, al igual que ahora lo hacen por la superioridad. Ahí los hombres fuscos, silenciosos, desaparecerán por completo. Cametá será entonces mayor, un centro importante, con todos los lados sombríos y todas las ventajas de una gran ciudad. Y las graciosas jovencitas, que ahora en su natural ingenuidad, dejan adivinar sus encantos de medio india, y se entregan fieles a uno solo, sin considerar necesarias las bendiciones de una iglesia mal administrada, para esa vida marital conforme a la naturaleza, se transformarán en hábiles comerciantes y vendedoras, con la misma gracia que me acaba de impresionar, con la gracia de las miritis y euterpes”¹⁴ (Avé-Lallemant, 1980: 48/49).

La civilización avanza haciendo de los hijos de las selvas personas civilizadas y hábiles. Aun así, su *modus vivendis* siempre está permeado por

las dádivas de la naturaleza, que los hacen permanecer como criaturas con fuertes marcas de la barbarie cuando son mirados a través de las lentes de los ojos de los europeos.

“Los tejados son mantenidos pero en orden, las ropas leves son cortadas convenientemente y mejora el modo de vivir. Sin embargo, todavía, bajo todo eso hay algo infantil, añinado, como la cabeza de aquella joven con maneras de adolescente. Allí donde el sol brilla todo el tiempo *a plomo* sobre la selva, y sólo se inclina un poco, ahora para un lado, ahora para el otro, donde las palmeras de miritis están eternamente verdes y el oscuro cacao ofrece frutos amarillos color de oro y las lindas *juçaras*¹⁵ producen racimos uno tras otro, y una tras otras maduran las bayas azules del *açaí*, no se cuentan los años ni se dice la edad, y nadie se extraña de encontrar niños grandes que no saben contar” (Avé-Lallemant, 1980: 51).

Son numerosos y densos los pasajes de la narrativa de Avé-Lallemant en los que se produce una verdadera alabanza a los designios del progreso. Para él ya se adivinan un innumerable número de evidencias de la lenta marcha del progreso en aquellos parajes: en los niños que aprenden a contar, en los cambios de indumentaria, en el modo de vivir y construir la vivienda. En fin, parecería que la civilización vestía a los *tapuia* en Manaus, según dicho viajero (Avé-Lallemant, 1980: 117).

En sus andanzas por las cercanías de Manaus, “apenas a un cuarto de hora arriba de Serpa, exactamente donde un pequeño afluente del Amazonas entra en un lindo lago, fue instalada una colonia industrial. Desbrozaban una gran área de selva, perfectamente enjuta y saludable, transformándola en un vasto suelo, en un terreno donde después erigirán, en amplios espacios intermediarios medidos con una trena, en cinco cuadrilateros, buenos pavimentos teñidos de blanco, para 20 pequeñas moradas. Había también vastos edificios destinados a la administración para la instalación de una serrería a vapor y máquinas a vapor para moldear y prensar ladrillos y tejas, toda especie de artículos de barro para la construcción. Por todas partes reinaba el orden y saludable limpieza en esa bella fundición, cuyas altas chimeneas se elevan, con singular sorpresa, ante una selva virgen, como un dedo señalando en ella: ¡Aquí hay progreso! ¡Aquí está Europa!” (Avé-Lallemant, 1980: 206).

En este texto el sentimiento europeo del viajero nos transporta a la imagen de una colonia industrial en plena selva. Sus comentarios muestran la victoria del progreso ante el atraso de aquel mundo. El diseño de las altas chimeneas, en medio de una selva virgen, le dan el tono eufórico de la conmemoración: ¡Aquí hay progreso! ¡Aquí está Europa! Parecería que a partir de sus palabras se oyera nuevamente el eco de un nuevo Dorado, el del siglo XX, construido a partir de la deforestación de la selva y de las matanzas de la pobres gentes del lugar. El otro Dorado, el de los Carajás, quedó en el triste recuerdo.

Paul Marcoy, un caminante en la Amazonía

El viajero andarín, artista y aventurero, lector atento, confeso flaneur de hábitos y gustos, Paul Marcoy desciende el río Amazonas, desde la frontera de Perú/Brasil hasta Belém do Pará, recorriendo aproximadamente 3.300 km. Su viaje se inicia en el litoral peruano, en el puerto de Islay, a mediados de 1846, llegando a Belém en agosto de 1847. Después de trece meses de viaje, en su mayor parte por el río Amazonas, que recibe otras denominaciones, como Maraón y Solimões.

Sus relatos difieren sustancialmente de los realizados por otros naturalistas y geógrafos a sueldo de las instituciones científicas, gobiernos o coleccionistas. La duración de su viaje y su propio tiempo, sin prisa en el viaje como en la literatura y en tantas otras cosas ir despacio es ir lejos. “Un proceder prudente es condición necesaria para cualquier realización. Horacio hizo de esa fórmula una máxima, Despréaux¹⁶ hizo de ella un alejandrino, y si esa larga narrativa debe tener una moral, no podría suscribir otra mejor” (Marcoy, 2001: 304).

Su narrativa, a diferencia de la de otros viajeros del siglo XVIII y XIX, va más allá de los márgenes de los ríos, para adentrarse en lagos, arroyos y afluentes del Amazonas. Permaneció en comunidades indígenas y tapuias; a diferencia de otros viajeros que apenas los vieron en la ciudad. Su mirada de extrañamiento no implica necesariamente la comparación cuyo máximo referente es Europa. Cuando indaga semejanzas, las encuentra entre los grupos indígenas en el alto Amazonas / Solimões, con los que conoció en la planicie de Sacramento o en la Amazonía peruana, trazando lazos de parentesco y vínculos culturales y lingüísticos. En sus relatos destaca la preocupación por la historia local, el ejercicio de una cuidada etnografía y por la investigación oral. Su extrañamiento se produce fundamentalmente con la ciudad.

“Marcoy no muestra el mínimo interés en identificarse mediante el lector y la comunidad científica. Sin embargo, agudo observador del hombre y de la naturaleza, este artista y aventurero no se preocupa por proporcionar elementos que permitan conocer su biografía o confirmar detalles oscuros de su viaje.” (Porro; Introducción, Marcoy, 2001: 1). Se sabe que su verdadero nombre es Laurent Saint-Criq, aunque no se conocen las motivaciones que le llevaron a la adopción del seudónimo. De joven se dedicó al periodismo y a la crítica de arte, y en 1840 toma rumbo a América del Sur “donde permaneció hasta 1846 en Chile, Bolivia y principalmente en Perú”. Desde 1875 hasta 1887 dirigió el jardín botánico de Burdeos, falleciendo en 1888.

Pero, ¿qué llevó a Marcoy a dirigirse rumbo a Belém, atravesando la cordillera de los Andes y las planicies que anteceden a la Amazonía peruana? La razón puede parecer banal a primera vista: durante la fiesta de despedida de un capitán inglés, a bordo del navío *Vicar of Bray*, que regresaba a Brasil para

casarse con la hija de un importante negociante de Belém, Marcoy se apostó con dicho capitán que llegaría a aquella ciudad antes que él, atravesando para ello todo el continente.

El conocimiento de aquellas tierras amazónicas vino de sus lecturas sobre la Historia del Pará; lecturas que movilizan su imaginación y hacen que el trayecto se complete a partir del contacto con la tierra y las gentes. “Él leyó las crónicas de catequesis de Carvajal, Acuña, Teixeira, Fritz, Cristovão de Lisboa, así como a los grandes compiladores setecentistas, Monteiro de Noronha y Ribeiro Sampaio, y a autoridades como La Condamine y Baena” (Porro; Introducción, Marcoy, 2001:13).

En Belém, paseando por un bosque, “el lugar era encantador por solitario. Ningún ser humano perturbaba la meditación. Los únicos seres vivos que vi fueron las serpientes de diversos colores, que cruzaban lentamente mi camino”. Después de diez minutos de caminata avistó una figura geométrica en forma de pirámide. “Corrí para allá con toda la rapidez de las que mis piernas eran capaces. Examinándola de cerca descubrí que estaba hecha de madera, rebocada de blanco y apoyada sobre tres gradas de piedra. Con este descubrimiento se iluminó mi mente, y como Arquímedes de Siracusa exclamé: ¡Eureka lo encontré! Tres o cuatro años antes, cuando tuve el privilegio de investigar en la biblioteca de Lima, cayó en mis manos una Historia del Pará, en la que leí que en 1782 el vigésimo tercer gobernador de la provincia, un tal José de Nápoles Tello de Menezes, había erigido fuera de la ciudad de Santa María de Belém, exactamente en el límite entre el Lago da Pólvora y el Paço de Nazaré, un obelisco de madera, para conmemorar un acto de conciliación insignificante, de carácter puramente local. Me senté en las escaleras y fumé un cigarro” (Marcoy, 2001: 297/298).

Conocer a través de las lecturas los lugares a los que se dirige es una de las diferencias significativas entre Marcoy y los otros viajeros de su tiempo. Este hecho lo convierten en un “trotamundos” moderno, que busca el encuentro con lo posible y la sorpresa que le reserva lo inusitado.

Aparentemente sin plan de viaje, ni cartas de recomendación para que los notables le den alojamiento o apoyo técnico y personal, nuestro aventurero inicia su viaje. Primero con algunos amigos de Islay a Arequipa, y de ahí en adelante con apenas un guía se dirige primero en dirección a Cuzco, pasando por la Sierra Nevada para llegar a Cabaña, dando una vuelta significativa con el fin de visitar a un viejo sacerdote descendiente de los Incas y que “se destacó por conseguir cruzar alpacas con vicuñas, un hecho que resultaría un gran progreso de la pecuaria peruana” (Porro; Introdução, Marcoy, 2001:3/4).

Desde Cuzco siguió el curso del río Ocobamba, y alcanzó Urubamba, en la falda de la cordillera, más exactamente en la misión franciscana de Combilla, en Echaraté. Allí se encontró con el compatriota naturalista francés, Francis Castelnau, que llegaba del Brasil Central y se preparaba para descen-

der el Urubamba, el Ucayali y el Amazonas. Marcoy se une a esta expedición franco-peruana y juntos atraviesan la planicie de Sacramento, habitada por los pueblos indígenas “Antis (Campas), Chontaquiros, Canibos, Shipibos y Piros” (Porro; Introducción, Marcoy, 2001: 4/5). En la misión franciscana de Sarayacu, Marcoy permaneció por tres meses, separándose del grupo capitaneado por Castelnau, una vez que constataron que no había la sintonía suficiente que les permitiese seguir juntos hasta el destino común: Belém do Pará.

Desde Sarayacu, Marcoy siguió en solitario por el Ucayali, llegando a Nauta donde “tomó una embarcación brasileña con sus remeros Cocamas y un piloto, pasó por Iquitos y por la desembocadura del Napo y llegó a Pevas”. Desde allí llega a Loreto y posteriormente a Tabatinga, ya en territorio brasileño, haciendo durante este trayecto interesantes observaciones sobre los Tukuna (Ticuna). Navegando por el Solimões, Marcoy tomó una *montaria*¹⁷ tripulada por un piloto y dos remeros en dirección a Manaus, a 1.600 km río abajo (Porro; Introducción, Marcoy, 2001: 5).

Al llegar a Belém el tripulante que lo trajo desde Manaus le advierte del riesgo de perderse, ofreciéndose para acompañarlo por las calles de la ciudad hasta Nazaré “El señor se va a perder”, le dice, a lo que Marcoy responde “¿Dónde, en vuestras calles? Pero, qué idea tripulante, ahora que estamos hablando hace exactamente un año y catorce días que yo, después de un buen desayuno, decidí cruzar no sólo a la ciudad de Belém, sino por toda la extensa América. He puesto un cigarro en la boca, con las manos en los bolsillos –*en flaneur*, como decimos en Francia– y he salido caminando; he hecho todo el viaje y acá estoy” (Marcoy, 2001: 290).

Su narrativa muestra una perspectiva humanística, y se puede afirmar, en última instancia, antropológica, “merecen elogios sus observaciones, frecuentemente irónicas, pero siempre permeadas de preocupación social y profunda solidaridad humana, sobre las condiciones de vida de la población indígena, *cabocla* y negra de la Amazonía. Así se revela una notable comprensión del proceso histórico y sensibilidad ante los desajustes psicosociales de las poblaciones indígenas provocados por la expoliación y cambio cultural que se produjo en el Alto Amazonas” (Porro, Introducción, Marcoy, 2001: 12)

Marcoy cuenta la historia de sus andanzas con un excelente estilo literario, aunando la precisión de los detalles, la levedad y el colorido del amante de la naturaleza. Su imaginación creativa es siempre compatible con el buen humor, que desafía contratiempos y accidentes y por su identificación con la “inocente salvajería” del carácter y vida indígena, lo que revela su verdadera grandeza (Rich e Hilst, prefacio de la edición inglesa. Marcoy, 2001: 22)

Loreto, en Perú, fue la última población en la que paró Marcoy antes de adentrarse en Brasil. Un lugar caracterizado como melancólico y controlado por comerciantes brasileños y portugueses, donde los “mosquitos, en contra-

partida, son abundantes y los *bichos de los pies* muy comunes; mientras los primeros se alimentan de la sangre humana, los segundos, como trogloditas, cavan pequeñas cavernas y orificios debajo de los dedos del pie, donde crecen y se multiplican totalmente indiferentes al violento picazón que resulta de su repugnante presencia” (Marcoy, 2001: 25/26).

Estando en Loreto, Marcoy visita a los descendientes de los conversos Ticuna, que viven en “estado de naturaleza” en las márgenes del Atacuary. Allí encuentra a varios soldados brasileños a los que describirá como “filósofos desertores”, en una actitud comprensiva hacia las personas que va encontrando en los avatares de su camino.

“Aquellos que apuñalaron a sus jefes con el pretexto de la tiranía, viven refugiados con mujeres *ticunas* que habían escapado de alguna misión. Todos cultivaban mandioca y bananas, cazan y pescan para proveer su mesa, negocian con los comerciantes del río la zarzaparrilla y el cacao que recolectan en los bosques, y de esos pequeños comercios obtienen un poco de dinero con el que comprar paño de algodón para vestirse y ornamentos para engalanar a sus mujeres. Libres de todos los problemas y ansiedades, sin ningún tipo de ambición y sueño insatisfecho, esos filósofos desertores expulsados de la sociedad, pero acogidos con los brazos abiertos por la naturaleza, pasan los días alegremente con las compañeras que escogieron y con las pequeñas criaturas pardas de cabello largo que el cielo se complació en enviarles” (Marcoy, 2001:27).

Paul Marcoy nos legó en sus escritos del viaje una interesante y rica etnografía de los Ticuna. Tratando desde la forma en que los visitantes son recibidos, pasando por los rituales de iniciación, tanto de las niñas como de los niños, o las descripciones de sus conversaciones, en las que recopila algunas palabras con sus respectivas traducciones. Su fina ironía servirá para criticar el espíritu del anticuario burgués, aquel que adorna las paredes de su casa en París con lo exótico del nuevo mundo. “Paramos sucesivamente en diversas chozas ticunas, donde a cambio de algunas quinquallerías graciosamente distribuidas, comemos, bebemos, dormimos y recopilamos flautas, tambores, collares, brazaletes, guiraldas, pompones, crestas y otras baratijas que constituyen la riqueza del país y que habrían sido cobijadas por algún burgués parisiense para decorar las paredes de su Villa en Ansière o Pantin”(Marcoy, 2001:31).

En fin, Marcoy deja Loreto e inicia su descenso del río Mar. “Tres horas después de haber partido del abominable poblado, dejé para siempre Perú detrás de mi y entre en territorio brasileño; al viejo imperio de Manco Capac le sucedía el joven imperio de Pedro II”. El paso de un reino a otro fue señalado por una violenta tempestad. La naturaleza exhuberante antes de la tormenta es descrita por Paul Marcoy con calidad y fuerza pictórica. Escribe con la tinta como si fuera un gran pintor (Marcoy, 2001: 42).

Su imaginación poética describe el ocaso matizado por el arcoiris, donde el agua “perfectamente calmada, parecía una lámina de plomo en solidificación en el que diversas corrientes ora invisibles ora irrumpiendo nítidas como ríos de plata, se cruzaban y mezclaban como hilos enmarañados de una madeja de seda. Dos grandes arcoiris se extendían de norte a sur con toda la gloria de sus colores prismáticos. El agua mansa del río, que los reflejaba con perfecta nitidez, creaba la imagen de dos anillos de saturno magníficamente incandescentes en cuyo centro nuestro barco, como minúsculo insecto, seguía adelante, los remos agitándose como pequeñas patas. Comparados al esplendor con el que la naturaleza se vestía en ese momento, los círculos infernales o las regiones estelares de Dante y Milton se reducían a imágenes poéticas medíocres” (Marcoy, 2001:43).

En una de sus paradas por el Solimões, se detuvo en Tabatinga, donde conoció, probó y gustó de la cachaça. Después percibió que su mejor efecto era “desatracar” la lengua. Tras el desayuno, como proste, “la esposa del comandante nos ofreció una copa de aguardente, tomo una para sí, y después de un gracioso brindis, la vació de un solo trago, como para darnos ejemplo. El efecto inmediato de esa bebida, que los brasileños llaman *cachaça*, es el de soltar la lengua y predisponer a la confidencia” (Marcoy, 2001:51).

Más abajo, en otra parada en un pequeño poblado, le llamaría la atención “Una aldea de una docena de pequeñas casas tan blancas, limpias y bien ordenadas, e incrustadas de forma pintoresca entre muchas verdes y graciosas palmeras que, al verla de repente, uno puede contener una exclamación de sorpresa. Una hilera de naranjos en flor formaba una especie de cerca alrededor del poblado. La pequeña población fue fundada por los índios Cocama, que habían huído de la misión jesuíta de Nauta, habiendo desaparecido. posteriormente fue levantada nuevamente por los mestizos Omaguas y Cocamas”.

El relato de Paul Marcoy, en muchas partes, deja significativos comentarios sobre “la felicidad en estado natural” afirmando que aquella gente vive “sin pastor o gobernante”, y que parecía “perfectamente feliz”.

“El nombre *Jurupari-Tapera* –lugar o casa del diablo– asignado a este rincón ignorado por los mismos brasileños, me pareció desentonar con su graciosa apariencia. En verdad no sé si el diablo, que los Tupinambás llamaban *Juruparí*, habitó alguna vez este lugar, pero la palabra *Tapera*, también pertenece al idioma de la región y se encuentra a lo largo del Amazonas. Como el *Aqui* yace en nuestras tumbas, indica a los viajeros el lugar donde descansan los despojos del hombre y donde están enterradas las aldeas otrora florecientes. Los buenos sujetos que me dieron estos detalles, sobre el surgimiento del poblado, lo hacían con un rechinar de dientes al recordar las zurras que se habían llevado, afirmaban cándidamente que preferían perder la bienaventuranza del catolicismo antes que continuar sintiendo en la carne las caricias de una tira de cuero de piel de pez de buey. A pesar de vivir en estado

natural, sin pastor o gobernante, dejando los días transcurrir despreocupadamente, parecían perfectamente felices. Las casas que visité estaban repletas de bananas, cocos, frutas silvestres, mandioca y peces salados” (Marcoy, 2001: 54/55).

A la hora de la partida, Marcoy vive un episodio que roza la comedia, que no deja de tener cierta gracia: “Oyendo el cacareo de las gallinas manifesté mi deseo de obtener algunos huevos. A cambio de tres agujas, una mujer me trajo catorce; en cuanto verifiqué su frescura mirándolos a contra luz, otra mujer me trajo dieciocho más y una tercera llegó con veinticuatro. A los pocos instantes me vi rodeado de señoras que gritaban en quechua, lengua que aprendieron sus abuelos de los misioneros: *Iscayta, apomouy; runtuta coscayki* (dame agujas y te daré huevos). La frase, entonada por la voz de contralto de las señoras, era acompañada por la de soprano de las mocitas. Me tapé los oídos y corrí para el barco, pero las mujeres vinieron detrás de mí, alcanzándome y agarrando mi ropa. Temiendo que el paño desgastado cediese, me apresuré a abrir la caja de las agujas y las fui cambiando por los huevos que me eran ofrecidos por todos lados. Cuando se cerró la transacción, la cubierta de mi embarcación parecía el puesto de huevos de una feria. Había huevos suficientes como para hacer tortillas durante una semana” (Marcoy, 2001:55/56).

Como buen observador Marcoy relata escenas cotidianas de las poblaciones ribereñas del Solimões, como en Ega-Tefé, cuando percibe lo difícil que era el contacto con “la parte femenina” en la casa de los notables del lugar. Para saber más sobre ellas, lo mejor era esperar al día de la misa y apreciar el desfile de las señoras y de las jovencitas con sus velos. “Estoy casi seguro de haber visto y conversado con toda la población noble masculina de Ega-Tefé, aunque no podría decir lo mismo de la parte femenina. Una mirada brillante en la oscuridad, un rozar en las enaguas engomadas detrás de alguna puerta, una sonrisa maliciosa o una risa sofocada fue todo lo que vi del género amable y curioso durante seis días de paseos y visitas hechas a los notables. Felizmente el séptimo era domingo, y apostado en frente a la capilla a la hora de misa, pude comprobar un desfile general de la población femenina de Ega, dividida como siempre en tres categorías: niñas, jóvenes y mujeres. Algunas de esas señoras iban a comulgar y, conforme a la costumbre del país, estaban cubiertas por un velo de muselina gruesa que les ocultaba el cuerpo y las facciones. Entre las que no estaban así vestidas pude observar que algunas eran muy atractivas. Si su versión amazónica de la moda francesa chocaría con el gusto parisino, su porte, sus grandes ojos almendrados y el cabello negro de un brillante azulado, serían dignos de un soneto (...). Esos hombres anticuados y dignos, incluso en nuestra época moderna, no dejarían a un extranjero mirar para aquellas mujeres más que los antiguos griegos o los turcos modernos” (Marcoy, 2001:110/111).

Llama la atención los comentarios de Marcoy al encontrarse, a mediados del siglo XIX, en plena Amazonía un bosque de eucaliptos, especies alóctona de aquella región y del Brasil en general. “Pero mi mejor recuerdo del Auti-Paraná no tiene nada que ver con la extensión de su curso, la anchura de su lecho e incluso su historia remota. Lo que me quedó impreso en mi mente y que incluso ahora recuerdo con placer fue el descubrimiento casual de un enorme bosque de *Eucalyptus* en una punta formada por su margen derecho y por el Japurá. El bosque estaba semi-sumergido y sus flores, semejando plumas de púrpura bañadas de oro, emergían a centenas sobre la superficie del agua. Ahora que esa maravilla exótica está aclimatada en nuestros invernadero, siempre que veo una especie de este tipo mi pensamiento va para la unión de las aguas del Auati y del Japurá”. No para Australia, tierra madre del eucalipto (Marcoy, 2001:114).

En sus andanzas por el río Japurá, Marcoy realiza con maestría un ejercicio de investigación oral y etnográfica, en el que conviene detenerse un momento. “Cuando me preparaba para regresar al lecho del Amazonas, mi piloto Miranha, cuyo espíritu andarín había sido motivado por esta excursión, comenzó a hablar de unos poblados que parece habían sido fundados por los portugueses en el margen izquierda del Japurá, exactamente enfrente de nuestra posición en aquel momento. Yo cedí inmediatamente a la tentación y, dirigiendo el barco para el este, me preparé para atravesar el río en lugar de descenderlo. Después de una hora de trabajo y de fatiga llegamos al poblado de São Matias, fundado en 1770. En este lugar había solamente cabañas cubiertas de palmera cercada de mandioca y bananera. Dos viejos de piel oscura, un hombre y una mujer, vivían aquí conyugalmente, desde hacía 31 años. Nuestra llegada interrumpió sus quehaceres: el hombre estaba tejiendo una red de cordeles y la colgó en un clavo; la mujer paró de remover una gran cacerola sin mango en la que la harina de mandioca estaba siendo tostada para convertirse en la provisión de su casa. Por la sonrisa cordial con la que nos recibió la pareja y por los alagos en lengua tupi, no tuve duda de que éramos bienvenidos. Un indio *Tapuia*, ausente en ese momento, les ayudaba a cuidar de la plantación que rodeaba la casa y de otra roza grande que tenía en el medio del monte. Al verlos no fue preciso preguntar a qué tribu pertenecían; el gran rostro redondo, los pequeños ojos estrechos en los ángulos y las largas mandíbulas revelan el tipo Umaua. Como prueba decisiva de su nacionalidad me bastó comparar sus trazos con los de los Omaguas que tenía en mi colección de dibujos” (Marcoy, 2001:115).

La noche, después de la cena, fue seguida por una buena ronda de aguardiente “que yo ofrecí y que fue apreciada como señal de cortesía y grata bebida, las lenguas se desataron; los anfitriones estaban preparados para responder a mis preguntas. Ellos decían respecto al río Japurá y a las tribus que lo habitaban antiguamente o que aun vivían, que se alimentaban de carne del

enemigo. Los dos días que pasé con los viejos de São Matias me sirvieron para poner al día mi diario. En el tercer día me preparé para la partida; mis anfitriones parecían tan maravillados con los signos gráficos con los que registraba sus informaciones que, para agradecerlos y dejar un recuerdo de mi visita, escribí con buena letra el Padre Nuestro y el Ave María y les dejé esa muestra de mi habilidad. Antes de la despedida aun tuve el placer de ver mi hoja de papel pegada con espinos de mimosa en el mosquitero que protegía su sueño” (Marcoy, 2001:128).

A partir de los datos recogidos, y de su propio conocimiento, el autor hace un largo y exhaustivo ensayo etnográfico sobre las distintas naciones de la región, en particular de los Umaus-Mesaya y los Miranha.

Digna de reseñar es la sensibilidad de Paul Marcoy ante la Amazonía y su gente. A la historia de las sociedades nativas amazónicas une la belleza de las aguas de sus ríos. “Cualquier descripción que yo pudiese hacer de esa red acuática sería inadecuada. Debo, por tanto, remitir al lector al mapa anexo. Pero lo que ningún mapa puede reflejar es el aspecto melancólico del país recortado en todas las direcciones por esas aguas negras; una extraña tristeza parece saturar el propio aire que se respira en esos lugares silenciosos. La verdad es que nuestro conocimiento del pasado no es como para llevarnos a la euforia; a cada paso recordamos misiones, aldeas abandonadas, naciones dispersas o extintas en cuyo territorio vagan, más que habitan, tribus que fueron desalojadas de su tierra natal. Cuando las vimos por primera vez, esas grandes sábanas de agua negra, parecían estar de luto por aquellos que una vez poblaron sus márgenes” (Marcoy, 2001:131).

Incluso el peligro o el miedo pavoroso, en determinadas situaciones, no hace que pierda el buen humor y la sensibilidad innata de buen caminante, como en el episodio vivido en el lago Jutica, donde pernoctaron, “enroscados como “erizos” esperamos el abrazo acogedor de Morfeo. Mis hombres acostumbrados a dormir en cualquier posición, no tardaron en coger el sueño y minutos después roncaron en concierto. Intenté imitarlos, pero una emoción que no conseguía controlar me desveló. La causa de esa emoción o miedo era un extraño ruido que oía alrededor del barco desde que fue inmovilizado. Además de eso, extraños objetos oscuros que emergían en el agua me intrigaban desagradablemente porque no conseguía ver su forma y discernir su naturaleza” (Marcoy, 2001:140).

“La luna, que después apareció lanzando sobre el agua un rayo de luz, me permitió reconocer en aquellas masas inmóviles y oscuras innumerables caimanes en busca de presa. Cualquier deseo de dormir desapareció de inmediato. Con los ojos clavados en aquellos monstruos y temiendo que uno de ellos tuviese la idea de lanzarse sobre la borda del barco, apenas ocho o diez pulgadas por encima del agua, me armé del remo y desembainé la navaja. Estos preparativos bélicos fueron, sin embargo, innecesarios. Los caimanes

del lago Jutica, sea porque ya tuvieron una buena comida, o porque estaban sensibilizados por el paisaje de aquella noche serena, se limitaron a nadar alrededor del barco dirigiendo lamentos cariñosos a la luna e impregnando el aire con el olor penetrante del musgo que es peculiar de esta especie. Sobre las cuatro la luna desapareció y los saurios se fueron para las orillas del río. Aliviado por la tensión que su desagradable presencia me había causado yo caí en un estado de sopor que si no llegaba a ser sueño, era por lo menos un pobre sucedáneo” (Marcoy, 2001:141).

Su impresión sobre la ciudad de Barra (Manaus) es registrada desde la mirada de la civilización; un cierto placer en encontrar la ciudad, según él, el reverso de la barbarie. “El aspecto de la ciudad da una impresión agradable a cualquiera que, como nosotros, entra en ella después de un prolongado viaje por los poblados del Alto Amazonas, donde la barbarie aun reina. La adopción de la moda francesa por las personas opulentas, el uso por los indios de verdaderas camisas en lugar de camisetas usadas en los poblados río arriba, permiten fácilmente percibir que dejamos atrás la barbárie y estamos en uno de los canales llamados principales, donde se unen todas las corrientes geográficas, políticas y comerciales del país” (Marcoy, 2001:169).

Durante su estancia en Barra, los días fueron conscientemente divididos entre trabajo, baños, siestas y paseos. El relato es detallado y está marcado por la admiración a las bellezas naturales, incluso en la ciudad. Es el brillo de la luna, la arena color de plata que hace que la prosa se transforme en poesía. “La casa en la que yo vivía no tenía otro mueble más que una mesa de madera rústica y una hamaca que me servía de cama y de poltrona; en compensación era tranquila y sin ningún ruido incómodo. De mañana y por la tarde descendía al río para lavarme y contemplar su vasta extensión de agua, negra como el ébano, límpia como el cristal y siempre un espectáculo magnífico, ya fuese cuando a las diferentes horas del día el sol le daba un brillo rojo o purpúreo, ya fuese cuando la luna difundía sobre él la luz plateada o cuando un millón de estrellas centelleaban en sus profundidades sombrías. Pasé muchas horas encantadoras distendido en su arena de plata, el agua cubriendo parte de mi cuerpo, inalando los perfumes calientes que impregnaban el aire, oyendo los sonidos indistintos que parecían salir de los pliegues del silencio y lamentando que la vida y la muerte, la propia eternidad, no pudiesen ser disfrutadas en ese reposo extraordinario” (Marcoy, 2001: 170).

Las caminatas alrededor de la ciudad revelan al viajero la posibilidad de comparar entre lo visto en la selva exhuberante y los bosques surgidos a partir de la mano del hombre. “La vegetación alrededor de Barra no ofrecía mucha variedad... Un europeo recién llegado se iría deslumbrado pensando que la apariencia lujuriosa de esa vegetación es la de la selva virgen; son en verdad *capoeiras*, una palabra tupí que en Brasil indica bosques que crecen en tierras cultivadas y abandonadas. Dirían algunos que esa marca indeleble

es la señal que el hombre, como rey de la creación, imprime a sus dominios; otros son propensos a pensar que ese bípedo miserable, como las arpías de la fábula, tiene la malvada facultad de ensuciar y marchitar todo lo que toca” (Marcoy, 2001:190/191).

Si no halló flores exóticas ni frutos extraños en las selvas violentas, nuestro viajero describe el descubrimiento de una serrería gestionada por un escocés y movida por la fuerza hidráulica de un riachuelo. De su descripción resalta la fuerza de la convicción, que muestra como El Dorado, ¿puede estar en tantos lugares! “El hombre me describió su máquina y enumeró sus ventajas en un habla tan rápida y en un dialecto anglo-portugués tan extraño que no entendí nada de sus explicaciones. Pero el entusiasmo que iluminaba su rostro y el brillo penetrante de sus ojos azules me revelaron que estaba hablando con un hombre seguro del éxito de su industria, que ya contaba las fabulosas ganancias que iría a acumular” (Marcoy, 2001:171).

En Manaus, Paul Marcoy al despedirse del piloto y los remeros que regresaban a Loreto, “para que esos buenos compañeros no me guardasen rencor por el trabajo extra que mis caprichos hidrográficos les habían causado, vacié en sus manos el cesto que contenía los bienes conseguidos por trueque y con eso les dejé durante mucho tiempo abastecidos de navajas, tijeras, anzuelos, espejos, mostacillas y de otras cosas de las que no precisaría en un país civilizado” (Marcoy, 2001:176).

Ya en Belém, después de atravesar bajo una gran tempestad, la bahía de Marajó, en una caminata por la ciudad, al hacer sus planes reparó que era objeto de burla por parte de los que le asistían. Un hombre de barba larga, con cabello hasta los hombros, sombrero de paja rasgado, camisa roja, pantalones de brin y zapatos de lona. “Tal y como pensé las ropas de colores tan vivos que causaron la admiración de los salvajes, que secretamente deseaban, ¿provocan solamente risas entre las personas civilizadas? ¿Será que deberé deshacerme de ellas y decir adiós a la naturaleza y a los pantalones sin tirantes, para vestir nuevamente la gola y tornarme presentable en sociedad? ¡Qué terrible perspectiva!” (Marcoy, 2001:289).

Por fin resolvió librarse de la apariencia que había conseguido al pasar por el yermo y vestirse con los pocos trajes que habían sobrevivido a los naufragios en el río Ucayali. Marcoy se libraría de sus trajes de caminante, pero no de la Amazonía caminada que habitó en su mente. Parece anticipar en su época, el espíritu de aquellos (pocos) turistas que, despojados de un tiempo regulado por los compromisos, se dejan llevar, sin prisas por el regreso.

Conclusiones

A diferencia de los viajeros, naturalistas, Marcoy no regresa a Europa con su carga preciosa de fragmentos de plantas, animales y artesanías para

adornar las paredes de su casa o las de algún burgués, tampoco para ampliar las colecciones de los gabinetes de curiosidades y de los coleccionistas. A diferencia de los viajeros científicos, Marcoy, a su modo, ejecutó con pertinencia algunos de los preceptos esenciales para ser un buen etnólogo, o sea tener la piel del cocodrilo para acostarse y dormir en cualquier lugar que le ofrezcan para descansar; el estómago de una avestruz para comer todo lo que le dan para alimentarse; y finalmente el corazón de una paloma, con la suficiente sensibilidad para oír, entender y comprender los *modus vivendis* de sus narradores.¹⁸ Marcoy fue un etnólogo que extrañaba más las formas de vivir de los habitantes de la urbe que las de los nativos, los indígenas, a los que veía más que como bárbaros como buenos salvajes, víctimas del proceso de colonización de hispanos y portugueses, pero sobre todo de los sacerdotes.

Marcoy fue un auténtico turista del siglo XIX, que al hacer su narrativa de viaje, se torna también en historiador de sí mismo, aunque oculte su nombre bajo un seudónimo. Sus historias, como la de los diversos viajeros, se vieron influenciadas por narrativas pasadas, de las que se retroalimentaban; como retroalimentaron también las nuevas narrativas, aquellas que serán recreadas por un Mercado que busca a nuevos turistas, con tiempos perfectamente cronometrados y regulados. Otras formas de viajar, otras narrativas..., pero eso es ya otra historia, que será desarrollada en los capítulos siguientes.

Bibliografía

Avé-Lallemant, Robert

(1980) *No Rio Amazonas* (1859). São Paulo, EDUSP, Belo Horizonte: Itatiaia. Barreiro, José Carlos

(2002) *Imaginário e Viajantes no Brasil do Século XIX: cultura e cotidiano, tradição e resistência*. São Paulo: EDUNESP.

Bates, Henry Walter

(1979) *Um Naturalista no Rio Amazonas*. Belo Horizonte: Itatiaia.

Daniel, João (padre)

(2004) *O Tesouro Descoberto no Máximo Rio Amazonas*. Vol 1. Apresentação de Vicente Sales. Rio de Janeiro: Contraponto.

Funes, Eurípedes

(1995) “Nasci nas Matas Nunca Tive Senhor”, *História e memória dos mocambos do Baixo Amazonas*. Departamento de História: USP, Tese de doutorado, 1995.

Hambaté Bá, A.

(1982) “Tradição Viva” en Ki-Zerbo, J. (org) *História Geral da África*. São Paulo: Ática, Paris:UNESCO, p. 181 a 218.

Kidder, Daniel P.

(1980) *Reminiscências de Viagens e Permanências nas Províncias do Norte do Brasil*. São Paulo, EDUSP, Belo Horizonte: Itatiaia.

La Condamine, Charles M.

(1944) *Viagem na América Meridional – Descendo o Rio Amazonas*. Rio de Janeiro: EPASA.

Leite, Miriam L. Moreira

(1997) *Livros de Viagem 1803/1900*. Rio de Janeiro: EDUFRJ, 1997.

Marcy, Paul

(2001) *Viagem pelo Rio Amazonas*. Tradução, Introdução e Notas de Antônio Porro. Manaus: EDUA.

Revista USP

(1989) *Dossiê Brasil dos Viajantes*, No. 30. São Paulo: USP, abr. a out.

Theodoro, Janice

(1989) “Visões e Descrições da América: Cabeça de Vaca (XVI) e Hércules Florence (XIX)”. *Revista USP, Dossiê Brasil dos Viajantes*, No. 30. São Paulo: USP, abr. a out.

Notas

- (1) El *mocambo* es el lugar donde se refugiaban los esclavos huídos, denominados *mocambeiros* y *quilombolas*, los cimarrones.
- (2) Su itinerario de viajes se encuentra en el registro del Viaje Filosófico, en las *Capitanías* do Grão-Pará, Rio Negro, Mato Grosso y Cuiabá.
- (3) Especie de tinaja para el agua.
- (4) Vasija hecha de la cáscara del fruto de la *cuieira* o *coité*, una especie de calabaza.
- (5) Tapuia es el mestizo indígena, habitualmente de color moreno y cabellos negros. En la Amazonía ese término se aplica también a los indios denominados “mansos”.
- (6) *Fusca* (femenino), *Fusco* (masculino): persona de color oscuro, parda o mulata, mestiza. No es un término muy utilizado en Brasil.
- (7) Euterpe: Musa de la música y de la poesía. En la Amazonía brasileña, también, es el nombre de una especie de palmera.
- (8) Árboles del cacao (*Theobroma cacao*).
- (9) Castaña de la *bertolécia*. Es también conocida como Castaña del Pará.
- (10) En la traducción al portugués se usa el término *bailadeiras*. Según el traductor de la edición portuguesa, este término hace referencia a las mujeres en la India, que viven junto a las pagodas generalmente ejerciendo la prostitución.
- (11) Astrocárias: planta con espinas que crecen en las palmeras.
- (12) Cinchona: se refiere a las flores de cinchona, un arbusto natural de las regiones tropicales de América del Sur.
- (13) Genipa americana.
- (14) Miritis y Euterpes: especies de palmeras amazónicas.
- (15) Denominación del açaí en algunos lugares del Pará.

- (16) Nicolas Boileau Despréaux (1636-1711): escritor, ensayista y poeta francés, en sus sátiras hacía críticas al clero y a la aristocracia. Inspirado en Horacio, inspiró, a su vez, a Racine y a Molière.
- (17) *Montaria*: canoa de medio porte hecha con el tronco de un árbol y conducida por dos o más remeros, generalmente está cubierta de hojas de palmera.
- (18) Hampaté Bá, A.: “Tradição Viva”, en Ki-Zerbo, J. (org): *História Geral da África*. São Paulo: Ática, Paris:UNESCO, 1982, p. 181 a 218.